

JOSE FRANCISCO CONDE ORTEGA: CONSTRUCCION DE LA MORADA *

Frédéric-Yves Jeannet

SI bien *Los lobos viven del viento* recoge poemas recientes de José Francisco Conde Ortega, no puede, sin embargo, separarse del todo de su obra anterior, puesto que el paso de los años no es un factor determinante en el particular universo que maneja (o inventa) la escritura del poeta; sus poemas, escasos y *necesarios*, o sea: regidos por una necesidad interna que los vuelve inmunes a toda gratitud de la palabra, exploran una temática recurrente, escarban a una profundidad cada vez mayor la misma parcela de terreno.

Sin por lo tanto mantenerse ajena al paso del tiempo (las horas del día escanden y acompañan los textos), esta poesía insta un ritual cotidiano casi intemporal en el que son figuras esenciales el agua en todas sus denominaciones (burbujas, lluvia, etcétera...), los espejos, los ojos, los cristales y el frío, las tardes y noches; universo urbano tensado por el amor a la mujer y a la calle, donde cada palabra, cada sonoridad cobra gran fuerza, pues parece destilada en un proceso de "minimiza-

* Texto leído en la presentación de *Los lobos viven del viento*, de José Francisco Conde Ortega (*El ala del tigre*, UNAM, 1992) en la Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, Coyoacán, el 20 de mayo de 1993. Una reseña preliminar, más corta, apareció en *La Jornada Semanal*, N.º 186 (3 de enero de 1993).

ción" digno de Beckett. Cada poema es la exploración escueta de una faceta de la realidad urbana entrañable del autor.

Podemos rastrear las raíces de esta visión en dos poemarios anteriores: *La sed del marinero que regresa* (Libros del Laberinto, UAM-A, 1988), y *Para perder tus ojos* (Praxis/Dos filos, Zac., 1990). Vemos por ejemplo cómo se combinan las palabras "ventana", "cristal", "frío" y "tarde" en sintagmas distintos, en los tres poemarios citados:

En qué pensarás/ cuando la ventana se oscurece/ y el frío deja señales/ en los brazos.

Qué dirás cuando la tarde/ azora con la luz/ ciegos cristales. (*Los lobos...*)

Combinados de otra manera, los mismos elementos ya aparecían en *La sed del marinero que regresa*:

Un invierno junto al fuego/ y tibios pechos de manzana;/ una tarde de febrero/ y la fresca luz por los cristales.

Y en otro poema del mismo libro:

Luces torpes y niebla de palabras/
aguzan cada esquirla de la noche./ (El cristal puede romperse/ y entonces el frío insoportable.)

Asimismo, en el poema "Agosto" del breve *Para perder tus ojos*:

Volvimos las equivocadas tardes/ y de otras albas voraces./ Asediamos una sonrisa azul;/ apuramos el largo recodo/ del silencio./ Hace frío. Los árboles agitan/ cada hoja enmudecida.

Pero si bien es cierto que *Los lobos viven del viento* retoma el léxico de los libros precedentes y constituye de esta manera la síntesis de una experiencia poética, también se amplía, desde la apertura del volumen, a una reflexión en torno al proceso mismo de la escritura (sólo latente en los poemarios anteriores):

Una hoja de papel/ que no regresa la voz y si el espejo/ -charco cegado por aguas en reposo-/ sirve, acaso, para mirar la noche/ en cada punto de luz./

Un papel es una mentira/ que debo creer sin discutirla

-pues la hoja de papel es a imagen y semejanza de la ventana, del cristal o del espejo, una pared frágil entre el mundo

exterior y la interioridad de la morada poética. El espacio vital de la escritura se encuentra delineado en estos versos:

Unos ojos/ y la distancia entre los cuerpos/ contienen el apremio del poema./

Y la flor que busca ser descrita/ en la lucha del tiempo y la palabra.

Estas sólo son algunas pistas dibujadas por el poeta, pues cada lectura propone nuevos caminos.

Podríamos -pongo por caso- proceder a una definición inversa y preguntarnos:

¿cuáles son los tópicos que *no explora* esta poesía? En primer lugar, descarta los acontecimientos del mundo, los aleja en una zona de *inefable o indecible*:

En vidrio que uno ve secarse/ van gastándose las horas./ Nada se parece a la historia/ de sed y olvidos voluntarios.

A cada lector le corresponde imaginar aquí lo que encubren las palabras *historia, sed, olvidos*; sugerir sin nombrar ni definir es el privilegio del poeta. En el mismo poema de la primera parte de *Los lobos viven del viento* surgen otras alusiones a ciertos acontecimientos no dichos:

Una broma de la memoria./ Y entonces la mañana es víspera/ que acoge los remordimientos:

el juego se repite muchas veces/ y es arena que busca distinguirse/ en el descaro de una playa imaginada.

Entonces regresar/ y sorprender el vidrio intacto:/ en el prodigio de un minuto/ saber de los pies entumecidos/ por el tacto feroz del mismo suelo.

En segundo lugar, la poesía de Conde Ortega mantiene alejados a los conceptos y preguntas existenciales comunes en la poesía filosófica, o mejor dicho aborda estos temas mediante formulaciones interrogativas, sugeridas, entredichas,

como en el cuarto poema de la primera parte:

Qué pensarás/ -con la sorpresa del frío/ y la piel voluntariamente contenida-/ cuando la terca ventana se oscurece.

O en el décimo, donde surge esta pregunta casi ontológica:

¿Vale la pena el canto/ cuando la sed dirige su dardo/ -grave inicio de la llama-/ hacia la destrucción del sueño?

En tercer lugar, esta escritura se preocupa cada vez menos por explorar en forma sistemática los estragos visibles del mundo exterior, sus cicatrices (que todavía aparecían en los poemarios anteriores, en lo que se refiere a la topografía de la ciudad), sino por el contrario, tiende a volverse cada vez más íntima -o intimista-, mirando hacia dentro para construir su morada, donde se refleja -siempre detrás de la ventana o de la hoja de papel,

sistemas especulares- el paisaje de una sola ciudad tautológica, la nuestra (ningún exotismo se deja vislumbrar) y es allí donde el ángel.

Busca reinventar el almanaque/ cuando la humedad/ disloca su norte y su marrea. (Primera parte, 11)

Atrincheramiento del poeta, manifiesto en el poema *La huésped* de la segunda parte:

El lobo escoge su rincón./ juega su rosario de minutos/ y tímidamente gruñe.

La tercera y última parte, *Práctica de lobo*, es la vez programática y conclusiva, pues se centra en ese animal predador e intenta "acuñar el grito del lobo". Significativamente, en el último poema se vislumbra el camino de regreso:

a la sangre original y oscura/ que reclama su sitio en la batalla.

Espejo de agua para el lector, exploración de una ciudad cuya geografía se descubre paulatinamente a través de la vivencia introspectiva, de la deambulación, del discurso amoroso en segunda persona o del alcohol compartido, cada poema entra en comunicación con otros, se vuelve eco de textos anteriores, en una red de correspondencias internas, lo cual proporciona una sensación de plenitud poética: no es frecuente encontrar semejante coherencia en la configuración de una cosmología personal.

